

CAPÍTULO 15

La fidelidad de Dios

Es bueno darte gracias y cantar alabanzas a tu nombre, oh Altísimo, mostrar tu bondad amorosa por la mañana y tu fidelidad cada noche. Así como Tu Hijo, mientras estuvo en la tierra, te fue fiel a Ti, Su Padre Celestial, así ahora en el cielo nos es fiel a nosotros, Sus hermanos terrenales; y en este conocimiento seguimos adelante con toda esperanza confiada por todos los años y siglos por venir. Amén.

Como ya hemos dicho, los atributos de Dios no son rasgos aislados de su carácter, sino facetas de su ser unitario. No son cosas en sí mismas; son, más bien, pensamientos por los que consideramos a Dios aspectos de un todo perfecto, nombres dados a lo que sabemos que es verdad de la Divinidad.

Para tener una comprensión correcta de los atributos es necesario que los veamos todos como uno. Podemos pensar en ellos por separado, pero no pueden separarse. "Todos los atributos asignados a Dios no pueden diferir en realidad, en razón de la perfecta simplicidad de Dios, aunque de diversas maneras usemos de Dios diversas palabras", dice Nicolás de Cusa. "De donde, aunque atribuimos a Dios vista, oído, gusto, olfato, tacto, sentido, razón e intelecto, y así sucesivamente, según las diversas significaciones de cada palabra, sin embargo en Él la vista no es otra cosa que oír, o gustar, u oler, o tocar, o sentir, o entender. Y así se dice que toda la teología está establecida en un círculo, porque cualquiera de Sus atributos se afirma de otro."

Al estudiar cualquier atributo, pronto se pone de manifiesto la unidad esencial de todos los atributos. Vemos, por ejemplo, que si Dios es autoexistente, debe ser también autosuficiente; y si tiene poder, siendo infinito, debe tener todo el poder. Si posee conocimiento, su infinitud nos asegura que posee todo el conocimiento. Del mismo modo, Su inmutabilidad presupone Su fidelidad. Si Él es inmutable, se deduce que no podría ser infiel, ya que eso requeriría que cambiara.

Cualquier fallo dentro del carácter divino argumentaría imperfección y, puesto que Dios es perfecto, no podría ocurrir. Así, los atributos se explican entre sí y demuestran que no son más que vislumbres que la mente disfruta de la Divinidad absolutamente perfecta.

Todos los actos de Dios son coherentes con todos sus atributos. Ningún atributo contradice a otro, sino que todos armonizan y se funden entre sí en el abismo infinito de la Divinidad. Todo lo que Dios hace concuerda con todo lo que Dios es y el ser y el hacer son uno en Él.

La imagen familiar de Dios a menudo dividido entre Su justicia y Su misericordia es totalmente falsa a los hechos. Pensar que Dios se inclina primero por uno y luego por otro de sus atributos es imaginar a un Dios inseguro de sí mismo, frustrado y emocionalmente inestable, lo que por supuesto equivale a decir que aquel en quien estamos pensando no es en absoluto el verdadero Dios, sino un débil reflejo mental de Él muy desenfocado.

Siendo Dios quien es, no puede dejar de ser lo que es, y siendo lo que es, no puede actuar fuera de su carácter. Él es a la vez fiel e inmutable, por lo que todas sus palabras y actos deben ser y permanecer fieles. Los hombres se vuelven infieles por deseo, miedo, debilidad, pérdida de interés, o debido a alguna fuerte influencia externa. Obviamente, ninguna de estas fuerzas puede afectar a Dios en modo alguno. Él es la razón de todo lo que es y hace. Él no puede ser obligado desde fuera, sino que siempre habla y actúa desde dentro de Sí mismo por Su propia voluntad soberana como a Él le agrada.

Creo que podría demostrarse que casi todas las herejías que han afligido a la Iglesia a lo largo de los años han surgido de creer acerca de Dios cosas que no son ciertas, o de hacer demasiado hincapié en ciertas cosas ciertas para oscurecer otras igualmente ciertas. Magnificar cualquier atributo con exclusión de otro es dirigirse directamente a uno de los funestos pantanos de la teología; y, sin embargo, todos estamos constantemente tentados a hacer precisamente eso.

Por ejemplo, la Biblia enseña que Dios es amor, algunos han interpretado esto de tal manera que virtualmente niegan que Él es justo, lo cual también enseña la Biblia. Otros llevan la doctrina bíblica de la bondad de Dios tan lejos que la hacen contradecir su santidad. O hacen que Su compasión anule Su verdad. Aún otros entienden la soberanía de Dios de una manera que destruye o al menos disminuye grandemente Su bondad y amor.

Sólo podemos tener una visión correcta de la verdad si nos atrevemos a creer todo lo que Dios ha dicho sobre Sí mismo. Es una grave responsabilidad la que asume el hombre cuando trata de eliminar de la autorrevelación de Dios los rasgos que, en su ignorancia, considera objetables. La ceguera en parte debe caer sobre cualquiera de nosotros lo suficientemente presuntuoso como para intentar tal cosa. Y es totalmente impropio. No debemos temer dejar que la verdad se mantenga tal como está escrita. No hay conflicto entre los atributos divinos. El ser de Dios es unitario. No puede dividirse y actuar en un momento dado a partir de uno de sus atributos mientras el resto permanece inactivo. Todo lo que Dios es debe concordar con todo lo que Dios hace. La justicia debe estar presente en la misericordia, y el amor en el juicio. Y así con todos los atributos divinos.

La fidelidad de Dios es un dato de la sana teología, pero para el creyente se convierte en mucho más que eso: pasa por los procesos del entendimiento y se convierte en alimento nutritivo para el alma. Porque las Escrituras no sólo enseñan la verdad, sino que también muestran sus usos para la humanidad.

Los escritores inspirados eran hombres apasionados como nosotros, que habitaban en medio de la vida. Lo que aprendieron de Dios se convirtió para ellos en una espada, un escudo, un martillo; se convirtió en su motivación vital, su buena esperanza y su confiada expectativa. A partir de los hechos objetivos de la teología, sus corazones hacían miles de deducciones gozosas y aplicaciones personales. El libro de los Salmos resuena con una alegre acción de gracias por la fidelidad de Dios. El Nuevo Testamento retoma el tema y celebra la lealtad de Dios Padre y de su Hijo Jesucristo, que ante Poncio Pilato fue testigo de una buena confesión; y en el Apocalipsis se ve a Cristo a horcajadas sobre un caballo blanco cabalgando hacia su triunfo, y los nombres que lleva son Fiel y Verdadero.

También el canto cristiano celebra los atributos de Dios, y entre ellos la fidelidad divina. En nuestra himnodia, en sus mejores momentos, los atributos se convierten en el manantial del que fluyen ríos de alegre melodía. Todavía se pueden encontrar algunos himnarios antiguos en los que los himnos no tienen nombre; una línea en cursiva sobre cada uno indica el tema, y el corazón adorador no puede sino regocijarse en lo que encuentra: "Las gloriosas perfecciones de Dios celebradas". "Sabiduría, Majestad y bondad". "Omnisciencia". "Omnipotencia e inmutabilidad". "Gloria, misericordia y gracia". Estas son algunas muestras tomadas de un himnario publicado en 1849, pero todos los familiarizados con la himnodia cristiana saben que la corriente del canto sagrado se remonta a los primeros años de la existencia de la Iglesia. Desde el principio, la creencia en la perfección de Dios trajo dulce seguridad a los hombres creyentes y enseñó a los siglos a cantar.

Sobre la fidelidad de Dios descansa toda nuestra esperanza de bendición futura. Sólo en la medida en que Él sea fiel se mantendrán sus pactos y se cumplirán sus promesas. Sólo si tenemos la plena certeza de que Él es fiel, podremos vivir en paz y esperar con seguridad la vida venidera.

Cada corazón puede hacer su propia aplicación de esto y sacar de ello las conclusiones que la verdad sugiera y que sus propias necesidades pongan de manifiesto. Los tentados, los ansiosos, los temerosos, los desanimados pueden encontrar nueva esperanza y buen ánimo en el conocimiento de que nuestro Padre Celestial es fiel. Él siempre será fiel a Su palabra empeñada. Los hijos de la Alianza que se encuentran en apuros pueden estar seguros de que Él nunca les retirará Su amorosa bondad ni permitirá que Su fidelidad falte.

*Feliz el hombre cuyas esperanzas confían
En el Dios de Israel; Él hizo el cielo, Y la tierra y los mares, con todo su
tren; Su verdad permanece segura para siempre;
Él salva a los oprimidos, Él alimenta a los pobres, Y nadie encontrará
vanas Sus promesas. Isaac Watts*